

alterar el firme propósito de la joven, despidióse de ella confuso y sumido en el mayor desconsuelo.

—¿Cual será el motivo de una negativa tan obstinada? —preguntábase Dolsey— ¿Porque no me descubriría su madre el secreto de tan extraña resolución? Si fué víctima de alguna debilidad ¿habría por ello de verse infeliz todo el resto de su vida? Mi amor debe reconciliarla con la sociedad y consigo misma.

Pasaron algunos días y sin saber que resolver ante los enigmáticos inconvenientes que se oponían a sus deseos, agitado entre un tropel de dudas, para desahogar su acongojado corazón fué de nuevo arrojarse a los pies de Lucía, usando de todos los remilgos de su delicada ternura para dar a entender aquello que él mismo quería encubrir.

—¿Y de donde os viene, caballero, tan mala sospecha? —replicó Lucía. — Gracias al cielo nunca tuve que avergonzarme de mí misma, ni puedo quejarme sino de mi destino. Sus ojos al decir esto se le llenaron de lágrimas; pero luego, movida a compasión por las tiernas protestas del enamorado Dolsey, añadió:

—Sea enhorabuena, señor. Puesto que así lo deseais al instante he de revelaros, lo que, llevado del impulso de una ciega pasión, no podrías adivinar. La unión que me propusisteis lisonjea ciertamente mi gusto y yo os diera con la mano de esposa el corazón si no lo impidiera un obstáculo invencible. Sabed que di hace años una caída,...

—¿Y os turbais por eso? repuso el noble caballero sin dar muestra del menor asombro.

—Agradezco, señor, la piedad que os inspiran mis palabras, mas mi confusión es tan aplicable que vos mismo habréis de confesarla. Sabed que de resultas de tal caída fué preciso amputarme una pierna y que a ésta la sustituye otra que llevo de madera.

—¡Una pierna de palo! exclamó Dolsey.— Triste es el caso, más no con poder para extinguir el esplendor de vuestra hermosura o la llama de vuestras virtudes.

—¿Perdisteis acaso con la pierna ese corazón que sabrá amarme si es que merece algún premio el amor que os tengo?

Lucía mostrose de nuevo resuelta e inquebrantable. Sabía que su mutilada pierna podía producir el desencanto y convertir luego en infelicidad toda aquella dulzura y aquel desinterés.

Perdida la esperanza decidió Dolsey volver a Londres donde mandó llamar a un célebre profesor en cirugía previniéndole de que quería someterse a

una facilísima intervención quirúrgica. Presentóse el cirujano, al que Dolsey mostró la pierna izquierda y dijo con decisión: — Quiero que me corteis esta pierna y sea luego. —

—Jamás he de emplear mis instrumentos en tal operación —contestó aquél. Esta pierna paréceme sana y muy sana y no veo el motivo por el cual haya de cortarse.

—Esté la pierna como estuviere quiero yo que la corteis, replicó el caballero.

Túvole por loco el prófesor y determinó ponerse en la calle sin gastar más tiempo. —¿Como quereis, señor, —añadió— que cometa tal desatino?

—Dejaos de reflexiones. No saldreis de aquí sin haber hecho lo que os mando. Ved sobre esta mesa una bolsa con trescientas guineas, y dos pistolas cargadas. Yo sabré de las dos cosas elegir para vos la que más convenga al caso.

Conociendo el cirujano el temperamento de sus paisanos, puso en ejecución sus facultades con la mayor presteza. — Muchas gracias, amigo —dijole Dolsey cuando aquél terminó la operación. — Vuestra mano es por cierto muy ligera. Ahí van cien guineas más y espero vengais todos los días a curarme, no sin haber encargado una pierna artificial.

Curado Dolsey y andando ya con su pierna de palo que cubría con una media, presentose en la rústica mansión y dijo a Lucía: — Confesad la verdad: ¿Me negais vuestra mano por el fútil que revelasteis? ¿No existe otro que se oponga a mi felicidad? Si ello es así según creo, tengo por cierto que os conciliareis conmigo y que seré vuestro esposo. — Y quitándose la media añadió triunfalmente:

Ved aquí otra pierna de palo. Esta es, señora, una leve prueba del amor que os profeso. — Y mientras con la parsimonia de los ingleses empezaba a referir lo sucedido en virtud de su amor, la bella joven, deshaciéndose en lágrimas, cayó desfallecida en brazos del caballero Dolsey, no sin haber proferido unas palabras que en sus amorosos labios llevaron el mismo día al altar a dos amantes cuyas piernas de madera no impidieron que cumplieran su juramento y que gozaran de una unión perseverante y feliz.

Así termina el relato. Hay sin duda quien dirá que esta historia es un cuento y llamará inocentón al que la refiere. Téngola sin embargo por auténtica. Al amor lo pintan ciego.

J. Soler Cazeaux